

José Errasti y Marino Pérez Álvarez, *Nadie nace en un cuerpo equivocado: éxito y miseria de la identidad de género*

Barcelona, Deusto, 2022, 296 pp.

Mar Fernández Calvo

José Errasti y Marino Pérez no pretenden hablar desde lo políticamente correcto sino desde lo que ellos denominan lo «científicamente correcto», afirmación que podría considerarse un tanto osada y acompañada con una visión de la ciencia un tanto idealizada. Ambos son profesores de Psicología en la Universidad de Oviedo y Marino Pérez, además, es catedrático de Psicología Clínica en esta misma universidad. Así mismo, José Errasti es experto en psicología de la personalidad, lo que le aporta un bagaje para realizar el estudio requerido, analizando los porqués del auge de lo *queer* en tantas personalidades jóvenes que se ven totalmente absorbidas por una ola de medias verdades de la que, según él, o formas parte, o te conviertes en un paria.

Los autores ponen de manifiesto en la introducción la necesidad de someter a crítica las implicaciones prácticas problemáticas que este discurso está suponiendo en nuestra sociedad. En el primer capítulo («De dónde vienen los niños») se discute si el sexo es o no binario y si es natural o construido. El segundo capítulo («Diferente como tú, especial como tú, único como tú») trata de explicar por qué la sociedad moderna occidental es el perfecto caldo de cultivo para el fenómeno del generismo *queer*¹, al verse invadida por unos valores profundamente individualistas y narcisistas que encuentran la autenticidad en una subjetividad sentimentalista. En el tercero de los capítulos («Los mil frentes de la invasión *queer*») profundizan sobre los orígenes de



¹ Alicia Miyares caracteriza al generismo *queer* por fragmentar el sujeto político del feminismo al negar que existan dos sexos y que las mujeres, las hembras de la especie humana, se encuentren oprimidas por serlo. (Cuervo Pollán, 2022: 204)

esta nueva invasión, cuya semilla fue plantada hace años para que ahora haya explotado en toda nuestra sociedad. El título del cuarto capítulo («Dándole la vuelta al espejismo *queer*») hace referencia a su tesis principal: que la idea más extendida acerca de los valores que van ligados a los defensores de la identidad de género es totalmente contraria a los que promueven en realidad. El capítulo quinto («La teoría *queer* a examen: Judith Butler y Paul B. Preciado») es claramente el más denso, así como el más desafortunado, pues en él Errasti y Pérez exponen una crítica a Butler en la que se pone de manifiesto que han malentendido y tergiversado sus tesis. En el sexto capítulo («Cómo hemos llegado hasta aquí y cómo podemos salir») exponen cómo la teoría *queer*, apoyándose en el constructivismo posmoderno y, según los autores, tomando como referencia a filósofos de la ciencia como Popper, Kuhn o Feyerabend —aunque no explican claramente de qué modo—, ensalza un descreimiento de la ciencia fruto de la tergiversación de las teorías de los filósofos mencionados. En el séptimo de los capítulos («Infancias trans: ¿nacido en un cuerpo equivocado?») se muestran las consecuencias de introducir una «filosofía trans» desde la infancia y los traumas que esto provoca. El octavo capítulo («Desmontaje del enfoque afirmativo: abrir alternativas») continúa en la línea del anterior. Este epígrafe resulta de especial importancia al poner de manifiesto que la transición quirúrgica no es ni mucho menos la única vía, a pesar de los mensajes que se venden en las redes sociales. Los psicólogos proponen centrarse en el caso particular y real de cada persona en lugar de tomar la parte por el todo y ejercer violencia con este enfoque afirmativo de que hay una «talla única». En el noveno capítulo («Neolengua, neogéneros, neoargumentos») se explicita la relación tan intrínseca que hay entre el neolenguaje —caracterizado por el uso del participio pasivo, el morfema *-e* y los nuevos pronombres— y el medio por el que este se difunde: las redes sociales. En el décimo y último capítulo («Transfobofobia e *inqueersición*») se plantea cómo, ante la falta de argumentos, toda disidencia o crítica hacia la teoría *queer* es tachada de fobia para convertir el debate en una disputa personal y hacer uso de la falacia *ad hominem*.

Desde mi lectura, los temas principales del libro son los siguientes: la defensa del dimorfismo sexual, el malentendimiento de la teoría de Butler y el peligro de las infancias trans. A continuación, comentaré críticamente cada uno de estos aspectos.

Respecto al dimorfismo sexual, la propuesta de los autores es clara: el sexo es binario porque su función biológica es la reproducción ansiogámica oogámica —así como la del estómago es la digestión— y esta es binaria, lo que no implica que la sexualidad humana se vea reducida meramente a la reproducción. Dejan claro que el sexo es una realidad biológica y antropológica; lo que claramente no es natural son los estereotipos de género que han sido impuestos a ambos sexos. Exponen que en todas las culturas y todos los idiomas tienen dos palabras para decir en el parto si el bebe es un niño o una niña, sentencia que no dice (o no debería decir) más que «en la reproducción aportará un gameto grande e inmóvil y gestará el embrión en su interior» o «en la reproducción aportará un gameto pequeño y móvil que se introducirá en el cuerpo del otro progenitor para fecundar el otro gameto» (p. 35). Se argumenta a continuación que las personas intersexuales (0,018% de la población) no conforman un tercer sexo, ni su existencia fundamenta que el sexo sea un espectro, pues hay patrones discretos reconocibles y no existen los intergametos. Sin embargo, existen diversos estudios científicos con profundas implicaciones ontológicas que avalan la teoría del espectro sexual y desmienten el dimorfismo, pero los autores no los tienen en consideración. Ejemplo de ello es el caso de la bióloga Anne Fausto-Sterling, que afirma la existencia de cinco sexos entendiendo el mismo como un continuo. Los autores desmienten esto citando a Leonard Sax, pero no aportan ninguna contraargumentación. Conceptualizan así el sexo, entendiendo que las mujeres generan óvulos y los hombres espermatozoides, aunque no todas las personas son capaces de ello. Además, el sexo biológico puede medirse de tres modos: a nivel cromosómico, genital-gonadal y hormonal, y en los tres casos hay multiplicidad de casos y combinaciones intermedias. No pretendo negar la existencia del sexo biológico pero sí creo que debe arrojarse luz sobre cómo todo hecho implica siempre una interpretación previa y constante, así como presupuestos interpretativos; no existe un punto 0, un horizonte de sucesos del que podamos extraer una verdad absoluta. Las fronteras aparentemente sólidas que se establecen socialmente entre los sexos masculino y femenino, conceptualizadas como inherentes a la «naturaleza», en realidad, son el resultado de nuestra interpretación de la misma, más que de una determinación directa de la propia naturaleza.

El problema que veo en el planteamiento de los autores es que se sostiene el sexo como una entidad que configura la estructura profunda de la realidad, como un *eidos* en sí mismo. La cuestión es que, desde mi perspectiva, ya no habitamos universos tradicionales donde hay una realidad que nos viene dada. En la sociedad postindustrial del capitalismo tardío en la que nos encontramos la estructuración de lo real y el tipo de universo que habitamos ya no es el mismo que en el que se encontraba Platón. Durante mucho tiempo la filosofía en sentido estricto fue ontología o epistemología, sin embargo, a partir del incremento de la subjetividad como creación de lo real, el lenguaje, que es donde el pensamiento acontece, se ve también como el lugar donde la realidad acontece. Con el giro lingüístico, el lenguaje se empieza a entender como primacía del signo sobre la cosa, contrariamente a lo que antes pensábamos —la cosa es lo primero y que esta es nombrada por el signo—. Es en la modernidad tardía donde se empieza a ver que el signo es anterior a la cosa, esto es, que no hay una vinculación estructural en el límite entre el signo y la cosa, donde la cosa marca la verdad o la potencia del signo. Esto fue abordado por los franceses con la aportación del término «significante flotante». No hay ninguna conexión necesaria en ningún nivel profundo de lo real entre el orden de los significados y el orden de los significantes; se pueden acoplar mediante una operación de fuerza, de determinación, pero que no es natural ni necesaria. La idea es que el significante está flotando y hay una serie de operaciones que lo conducen al significado. Esto se combina con el carácter performativo de los signos, pues las funciones expresivas son performativas, es decir, crean realidad no solo la reflejan. El lenguaje es siempre ahora performatividad, creación de realidad. Este carácter se une a la flotación, dando lugar a una *apertura* de la filosofía. Lo real se desplaza hacia la creación de los signos: son los signos y el manejo de los signos los que producen las cosas.

El sistema de signos previo aseguraba una circulación completa, aunque mantenía una primacía: la idea misma, inaccesible para cualquier elemento humano. Sin embargo, con los avances tecnológicos, se produce un evento que transforma radicalmente la estructura del sistema: la caída de lo inaccesible. Simultáneamente, desaparece la noción de que la apariencia oculta una realidad detrás y la creencia en un principio inaccesible que escapa a nuestro control. La inaccesibilidad garantizaba la transparencia, un «en sí» que sostenía la estructura del campo de juego, ahora

manejable. En la postmodernidad ya no manejamos ningún elemento sagrado en el sentido de lo separado. Surge entonces una transformación en el sistema de significación que antes se basaba en la transparencia y ahora se fundamenta en la accesibilidad. Estamos presenciando el comienzo del fin del concepto en tanto que ahora todo entra en juego, nada queda fuera del juego; por ende, todo se manifiesta como parte del juego. Se produce un cambio en el estatuto de lo simbólico, donde el signo, en lugar de ser el bienestar del sistema, se convierte en su malestar. Los signos introducen ahora el malestar, desvinculándose los significantes de los significados. El proceso del sentido ya no se orienta hacia afuera, hacia un más allá que garantiza la estabilidad, incluso en los significantes flotantes que se desplazan en su flotabilidad. El concepto de hegemonía, de enlazar los significantes con los significados mediante una lucha, ya no es viable.

En la filosofía contemporánea el equivalente funcional al concepto tiene ya una estructura diferente y no es episódico el modo en el que los y las pensadoras explican cómo llegan a sus determinaciones categoriales, porque estamos pasando de universos clásicos de sistemas donde las categorías son estáticas y absolutas a universos del siglo XXI donde las categorías de existencia son primordiales, puesto que es un sistema que ya no tiene estas características ni de entidad ni de esencialidad sino características mucho más abiertas de incompletud y aperturidad. Hemos pasado a estructuras de *aparecibilidad* donde el ser ya no tiene seriedad, densidad. Esto es un elemento muy importante porque libera al fenómeno de las ontologías tradicionales y nos sitúa en el campo de la heterogeneidad, de la diferencia, pero dentro del aparecer. Es una apariencia que ha absorbido y disuelto toda la potencia del ser. Estamos en un punto de giro, en un cambio metaontológico que cambia la operatividad, lo que significa darse cuenta de que los elementos de una tradición que explican la realidad de forma contradictoria son en realidad lo mismo. Ahora el cuerpo es un terreno de acontecimientos. El cuerpo y la mente se nos aparecen como equivalentes, ambos son un proceso de creación de lo que vamos siendo mediante la creación de un terreno de acontecimientos. Entonces, no se puede sostener ya el sexo como una categoría en sí, cayendo en un determinismo y esencialismo biológico, porque ya no estamos en universos tradicionales de categorías violentas sino en universos de posibilidad donde todas las opciones están abiertas. La labor filosófica en este tipo de universos debe ser,

en mi opinión, reducir el nivel de sufrimiento de las personas lo máximo posible y, en este sentido, sostener eslóganes como que nadie nace en un cuerpo equivocado produce en las personas con disforia de género más sufrimiento del que ya padecen.

El segundo punto que veo necesario comentar es el malentendido de Judith Butler. Uno de los puntos más importantes que Errasti y Pérez han usado en contra de la filósofa es la ininteligibilidad que parece presentarse en sus escritos si uno no se maneja con fluidez en el lenguaje específico que estos requieren. Esto puede ser una dificultad a la hora de leer sus textos, de hecho lo es, pero no debe ser el fundamento de una crítica a su argumentación. También contraponen el feminismo clásico con la idea butleriana del androcentrismo de la biología, cuando es uno de los puntos que ambas ramas tienen en común. En defensa de la filósofa ha de añadirse que ella se refiere al género como un constructo social y no como una identidad natural, como interpretaron Errasti y Pérez. Butler no dice que la naturaleza del sexo está intrínsecamente ligada al género, sin embargo, a día de hoy sabemos que nuestras percepciones y concepciones del sexo están influenciadas por nuestras construcciones conceptuales y culturales. Esto se debe a que nuestra comprensión de la realidad natural está inevitablemente mediada por nuestras categorías lingüísticas, las cuales están arraigadas en contextos históricos y culturales específicos. El género, por consiguiente se erige, en la teoría de Butler, como un constructo conceptual-cultural que moldea nuestra comprensión de lo masculino y lo femenino, tanto en el ámbito social como en el natural. En este sentido, el género actúa como el prisma a través del cual categorizamos y entendemos el sexo biológico. Butler utiliza el concepto de performatividad para argumentar que el género es una construcción social, en contraposición a cualquier enfoque esencialista. Desde esta perspectiva, el género se forma a través de actos que lo expresan, lo que implica que al comportarnos según las categorías de hombre o mujer, estamos tanto manifestando como recreando nuestra identidad de género. Esto ocurre mediante la imitación y la representación, aunque nunca de manera exactamente igual. Como resultado, nuestra identidad de género siempre permanece en cierta medida abierta, inestable y maleable (Romero Cuadra, 2022). Lo interesante de este planteamiento es que esta apertura performativa que tiene lugar en universos abiertos de posibilidad permite que el individuo tenga cierto margen de agencia política en relación con su identidad de género, en lugar de ser

simplemente un producto pasivo del entorno social. Todo es ya siempre una máscara pero no hay un *eidos* verdadero que debe ser aprehendido detrás de la máscara, pues ya no estamos en ese tipo de universos donde hay un dualismo esencia/apariencia.

El tercer punto que comentar es el de los peligros a las infancias trans. Errasti y Pérez ponen de ejemplo el caso de una niña que en su primera adolescencia escuchó términos de la neolengua para definir a las mujeres con los que no se sentía representada («persona menstruante», «mujer sangradora» o llamar a la vagina «agujero delantero»). Estas nomenclaturas la llevaron a tenerle asco a la menstruación y le provocaron dudas sobre su identidad de género y, como los tratamientos de cambio de sexo cada vez resultaban más accesibles y eran alabados en las redes sociales que consumía, empezó a pensar que su problema era que estaba atrapada en un cuerpo equivocado. Posteriormente se dio cuenta de que no era así y tuvo que destransicionar, con todo lo que ello conlleva. Los autores ponen este caso como paradigmático, explicando el efecto mariposa que puede provocar en las niñas, que en nuestra cultura suelen tenerle fobia a la menstruación, el usar este tipo de conceptos. Este argumento, independientemente de la veracidad de la historia, parece un tanto simple o poco serio; con todo, es cierto que la neolengua puede invisibilizar las realidades de las mujeres y esto es muy perjudicial porque en nuestro mundo de lo que no se habla no existe. Por tanto, resulta necesaria la revisión de esta neolengua de modo que no invisibilice a ningún colectivo y donde todas las mujeres —cis y trans— se sientan incluidas, así como los requisitos para efectuar una transición a tan pronta edad, ya que no en todos los casos es un problema de disforia de género y puede haber una presión externa y desestabilizante que provoque una transición que deba ser deshecha al alcanzar la madurez. Sin embargo, esto no es lo común y, como decía, no puede tomarse como caso paradigmático.

Desde mi posición, sostengo que es fundamental el acompañamiento psicológico a las personas, especialmente los niños y las niñas, que padecen disforia de género, no a fin de patologizar la transexualidad ni sino debido a que estas personas viven con un inmenso sufrimiento que debe ser paliado con ayuda profesional, independientemente de si los individuos quieren realizar o no un cambio de sexo por medio de una intervención quirúrgica o farmacológica. Puesto esto sobre la mesa, los autores hacen hincapié en las ventajas económicas que la industria farmacéutica saca de las personas

que deciden hormonarse. No es ningún secreto que en un tardocapitalismo feroz las grandes empresas van a sacar rédito financiero por medio de la expropiación de los cuerpos, pues en la contemporaneidad siempre está presente el riesgo que toda emancipación acabe convirtiéndose en expropiación. Con todo, lo que debemos aspirar a cambiar no son las vivencias experienciales de cada uno respecto a su cuerpo, sino la raíz misma de la expropiación, que es la acumulación originaria.

Como posición global, en *Nadie nace en un cuerpo equivocado* se propone que la teoría *queer* triunfa a base de eslóganes y no de argumentos, pero eso parece ser exactamente lo que hace este libro, empezando por un título que puede causar mucho sufrimiento. Creo que el trasfondo de algunas de las tesis planteadas puede llegar a ser correcto si lo que se busca es promover la ayuda psicológica a las personas trans, pero el desarrollo argumental que se ofrece para sustentarlas no es en absoluto adecuado. En definitiva, *Nadie nace en un cuerpo equivocado* es un libro con luces y sombras, escrito en un tono humorístico poco adecuado para tratar este tipo de temas, lo que no quita que incite a la reflexión a un público que nunca antes se haya cuestionado las afirmaciones del generismo *queer*, especialmente las de las redes sociales, ya que, como hemos visto, la teoría *queer* como tal no sostiene los argumentos que los autores le pretenden atribuir. Para concluir, este libro no puede considerarse un tratado filosófico ni psicológico contundente sino, más bien, un texto de opinión que muestra la inconformidad con la caída de las categorías operatorias de los universos tradicionales.

§ Referencias

- Cuervo Pollán, Ana (2022), «MIYARES FERNÁNDEZ, Alicia (2021). *Distopías patriarcales. Análisis feminista del «generismo queer»*. Madrid: Cátedra», en *Daimon: Revista Internacional de Filosofía*, n.º 85. Universidad de Murcia, enero-abril, pp. 202-206, <<https://revistas.um.es/daimon/article/view/464561>>, [01/09/2024].
- Romero Cuadra, José Luis (2002), «El fantasma de la teoría *queer*. Respuesta al libro *Nadie nace en un cuerpo equivocado* de José Errasti y Marino Pérez Álvarez», en *Estudios LGBTIQ+, Comunicación y Cultura*, vol. 2, n.º 2, pp. 211-223, <<https://doi.org/10.5209/eslg.83637>>, [01/09/2024].